

HEREDIA CORREA, Roberto, *San Jerónimo: ascetismo y filología*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, 50), 2004, 88 págs.

Al principio del libro, el autor señala su objetivo: “no he pretendido abarcar, ni siquiera tratar ligeramente, los aspectos más importantes de su actividad; sólo me he propuesto destacar algunos rasgos que me han parecido de particular interés en el estudio de la lengua latina” (p. 11). Se trata de una atinada selección de textos de san Jerónimo, acompañados de su traducción al español, relacionados principalmente con su inclinación al estudio de la lengua y literatura latinas; a través de ellos, el lector llega a conocer datos de la vida de este interesante personaje.

La obra está dividida en ocho secciones: Advertencia; Semblanza biográfica; Carne y ascesis; La educación clásica; Jerónimo traductor; Jerónimo, el último de los romanos; Epílogo y Nota bibliográfica. Cada una de estas secciones está bellamente ilustrada, para deleite del lector, con una reproducción pictórica. En esta iconografía desfilan autores como Caravaggio, Murillo, Valdés Leal, Zurbarán, Durero, José de Ribera, el Greco, Leonardo da Vinci, entre otros, quienes comúnmente muestran a un Jerónimo viejo, consumido por los ayunos y las penitencias, hincado ante una calavera en una cueva, golpeándose el pecho, o estudiando en su celda acompañado de un león somnoliento echado a sus pies.

En una prosa fluida, amena y sensible, Heredia Correa ofrece un nutrido acopio de datos biográficos. Jerónimo nació hacia el 347,

---

PALABRAS CLAVE: ascetismo, filología, Jerónimo, traducción.

RECEPCIÓN: 3 de febrero de 2006.

ACEPTACIÓN: 10 de marzo de 2006.

en 360 tuvo su primer contacto con la lengua griega y estudió con el gramático Elio Donato. Para el año 385 ya había compuesto su *Crónica*, se había dado a conocer como intérprete de las sagradas escrituras y, por encargo del papa Dámaso, quien era su amigo, había emprendido la tarea fundamental de su vida: la traducción de la Biblia al latín. En esta época se estableció en Belén y, con un grupo de personas destinadas a la vida monástica, fundó tres conventos para mujeres, un monasterio para hombres, un hospicio de peregrinos, una escuela en la que él mismo enseñaba latín y literatura latina, y una biblioteca. Aquí se dedicó a la traducción de los textos sagrados y, al mismo tiempo (¡increíble!), compuso una obra de igual título que la de Suetonio, *De viris illustribus*, en la cual reunió 135 biografías breves de escritores cristianos. Vivió en Belén más de 30 años, hasta que el 30 de septiembre del año 420, “agobiado por la edad, consumido por el trabajo, las penitencias y las penas, y casi ciego, rindió la vida” (p. 21).

En la tercera parte del libro, “Carne y ascesis”, se resalta la vida eremítica de san Jerónimo, mediante tres escritos: una carta a su amigo Heliodoro, otra a la virgen Eustoquio, su discípula, y un comentario a Amós. En ellos se muestra su vida en el desierto, y las tentaciones que él mismo expiaba con ayunos que duraban semanas enteras:

¡Oh cuántas veces, mientras estaba instalado en el desierto... imaginé que me encontraba en medio de las delicias de Roma!... Mi rostro palidecía por los ayunos, y mi espíritu se encendía con los deseos de un cuerpo helado... Y así me arrojaba a los pies de Jesús, los bañaba en lágrimas... y sometía mi carne rebelde con ayunos de semanas enteras (p. 31).

En “La educación clásica”, Heredia muestra a un Jerónimo formado en el sistema romano, estudiando retórica y gramática con su maestro Elio Donato: “La retórica afinó su expresión literaria y coloreó su tinta para la polémica, la sátira, las descripciones, los elogios y los vituperios” (p. 39). A pesar de que en su época la formación cristiana repudiaba la literatura pagana, él se sentía fascinado al estudiar a innumerables autores clásicos latinos como Virgilio, Cicerón, Lucrecio, Horacio, Salustio, Persio, Juvenal; y también a griegos como Homero, Platón o Demóstenes. Sin embar-

go, dicha fascinación le causaba grandes angustias, por lo que se sometía muy a menudo a ayunos y a azotes. La carta 22, dirigida a su discípula Eustoquio, es un claro ejemplo, en ella relata un sueño:

Hacía muchos años que me había privado del hábito de las comidas suculentas, por causa del reino de los cielos... No me era posible, sin embargo, privarme de mi biblioteca... Así pues, ¡miserable de mí!, ayunaba para poder leer a Tulio. Después de muchas noches de vigilia... tomaba en las manos a Plauto. Y si... empezaba a leer a un profeta, su discurso inculto me horrorizaba... De repente fui arrebatado en espíritu ante el tribunal del juez... Interrogado acerca de mi condición, respondí que yo era cristiano. Y El que presidía el tribunal me dijo: “Mientes, tú eres ciceroniano, no cristiano”... Entonces enmudecí... empecé a clamar y a lamentarme diciendo: ¡Ten misericordia de mí Señor!... En adelante, leí los libros divinos con tanto celo como no había leído antes los escritos de los mortales (pp. 39-41).

Un capítulo significativo para los filólogos es el titulado “Jerónimo, traductor”, donde se expone su teoría sobre la traducción, la cual —como dice Heredia Correa— “es tema de vibrante actualidad” (p. 65). A raíz de que el papa Dámaso le encargó revisar las versiones latinas del Nuevo Testamento para tener un texto único y legítimo, se plantean los problemas y discusiones que tuvo que enfrentar para defender sus puntos de vista. Citando al propio Jerónimo, podemos resumir su teoría de la traducción. En un escrito al papa Dámaso dice:

¿Hay que dar fe a los ejemplares latinos?... Si hay que buscar la verdad en muchos, ¿por qué no volvemos al texto griego original...? (p. 54).

En la carta 27 agrega:

Simplemente he querido que las deformaciones de los códices latinos... se ajustaran a los originales griegos... (p. 54).

Su afán de profundizar en el texto lo llevó a recurrir al original hebreo, actitud que fue criticada por san Agustín, quien defendía la autoridad del texto griego de los LXX. Ante dichas críticas, Jerónimo responde que ha traducido del griego cuando la versión de los LXX ha hecho añadidos al original hebreo, y que ha traducido del hebreo en los demás casos; enseguida añade, literalmente:

Algunas veces he expresado el sentido exacto, tal como lo he comprendido, más que ceñirme al orden de las palabras... Yo... me he esforzado... en poner a disposición aquellos testimonios que han sido omitidos o corrompidos por los judíos, con el fin de que los nuestros conocieran qué contiene la verdad hebraica (pp. 59 y 60).

En la carta 57 explica con claridad su labor de traductor:

abiertamente proclamo que... expreso no una palabra por una palabra, sino una idea por una idea. Tengo como maestro en este asunto a Tulio..., quien en el prólogo de los mismos discursos [uno de Esquines y otro de Demóstenes] se expresó en estos términos: “Vertí... dos nobilísimos discursos..., con las mismas frases y sus formas en tanto en cuanto pueden ser expresadas con figuras y palabras adecuadas a nuestros usos... no juzgué necesario verter palabra por palabra, pero conservé la fuerza de todas las palabras; pues no juzgué que le importara al lector que se le ofreciera el mismo número, sino, por así decir, el mismo peso” (p. 62).

En términos generales, Jerónimo defiende la traducción a partir del original hebreo, y no la que se hace palabra por palabra, sino que vierte idea por idea, de acuerdo con los usos de su época.

El capítulo más conmovedor es, en mi opinión, “Jerónimo, el último de los romanos”, donde se relata la conmoción que le causó la caída del Imperio romano; al igual que los hombres, tanto paganos como cristianos, de los siglos IV y V, Jerónimo creía que el destino de la humanidad se hallaba vinculado a la suerte de Roma. Es evidente que a Jerónimo le tocó vivir los embates de los bárbaros, porque en la carta 60 a Heliodoro escribe:

Se horroriza mi alma al reseñar las ruinas de nuestros tiempos... El orbe romano se derrumba... (p. 70).

Cuando Alarico, en el año 410, toma la ciudad de Roma, Jerónimo confiesa en la carta 126:

Hace tiempo me propuse comentar el libro de Ezequiel... pero la devastación... de la ciudad de Roma perturbó mi espíritu... Guardé prolongado silencio; sabía que era el tiempo de las lágrimas (p. 73).

En el prólogo de los comentarios a Ezequiel dice: “le fue cercenada la cabeza al Imperio romano”, y cita el salmo 38, 3-4:

enmudecí y fui humillado, y callé ante los buenos,  
y se renovó mi dolor;  
mi corazón se enardeció dentro de mí;  
y el fuego ardió en mi pensamiento (p. 73).

Finalmente, en la carta 128 expresa:

¡Ay dolor, se derrumba el universo!... La ínclita urbe, cabeza del Imperio romano, ha sido devorada, ella, por un solo incendio (p. 73).

A través de estos pasajes vivimos, junto con Jerónimo, la angustia y la tristeza por la caída de la *Roma aeterna*.

En el epílogo, a manera de conclusión, Roberto Heredia señala que, en el siglo VII, Jerónimo fue considerado uno de los cuatro grandes doctores de la Iglesia, al lado de san Ambrosio, san Agustín y san Gregorio el Grande, y que, en 1946, la iglesia lo elevó a los altares reconociéndolo como el santo patrono de los traductores.

En suma, *San Jerónimo: ascetismo y filología* es una lectura interesante, por la selección de textos que ofrece el autor para mostrar a un Jerónimo sensible ante los acontecimientos de su época y, sobre todo, es una lectura recomendable para los filólogos, por las noticias que se exponen sobre el estudio de la lengua latina.

Martha Elena MONTEMAYOR ACEVES